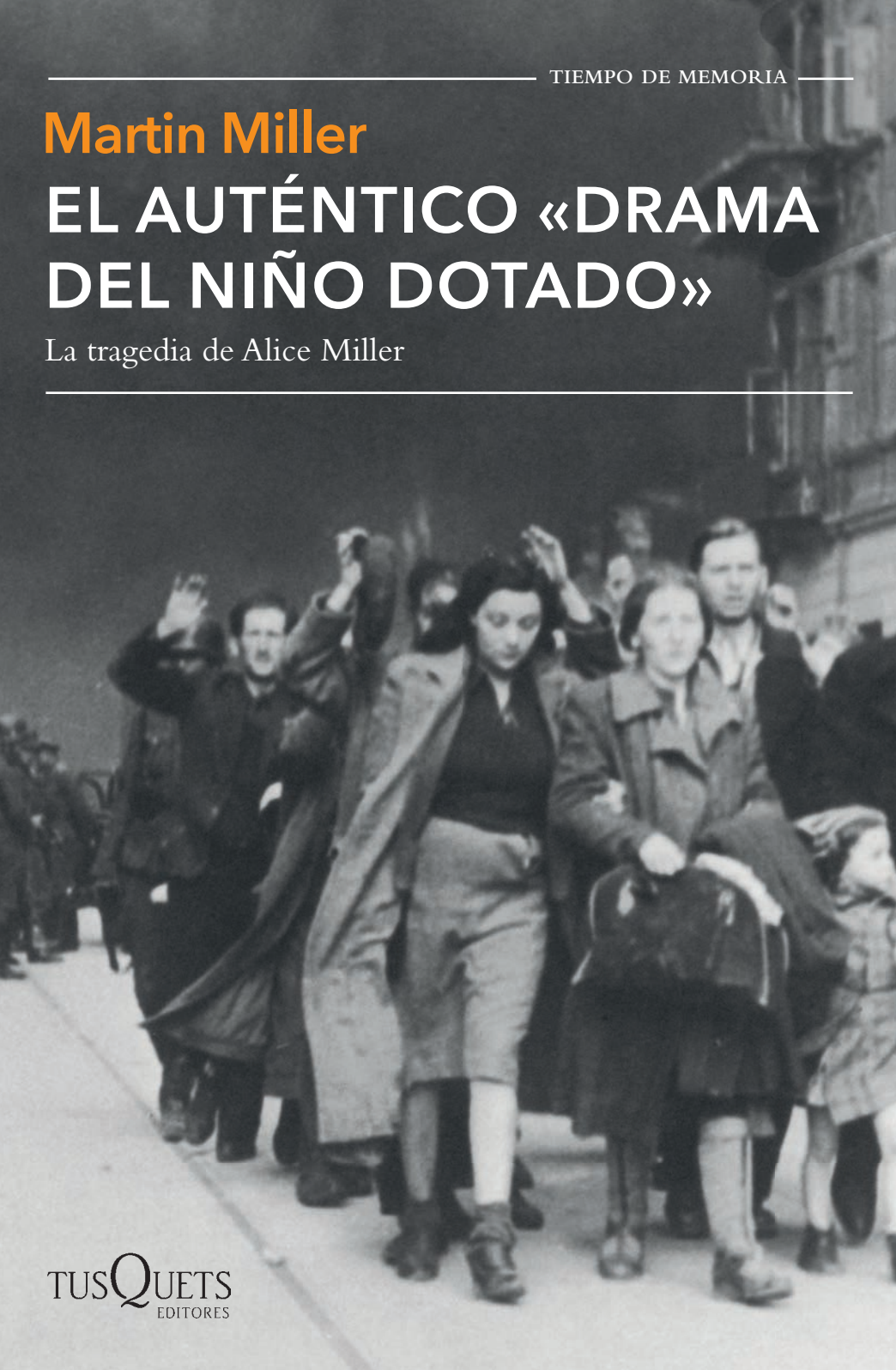

TIEMPO DE MEMORIA

Martin Miller

EL AUTÉNTICO «DRAMA DEL NIÑO DOTADO»

La tragedia de Alice Miller

TUSQUETS
EDITORES



MARTIN MILLER
EL AUTÉNTICO
«DRAMA DEL NIÑO DOTADO»

La tragedia de Alice Miller
La represión de los traumas de la guerra
y el entorno familiar

Traducción del alemán de Lorena Silos

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Das wahre «Drama des begabten Kindes». Die Tragödie Alice Millers. Wie verdrängte Kriegstraumata in der Familie wirken*

1.ª edición: noviembre de 2015

© 2013 Kreuz Verlag part of Verlag Herder GmbH, Freiburg im Breisgau

© de la traducción: Lorena Silos Ribas, 2015

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-189-5

Depósito legal: B. 22.958-2015

Fotocomposición: David Pablo

Impresión: Limpergraf, S. L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Agradecimientos	11
Carta de mi madre, 22 de noviembre de 1987	15
1. Prefacio	25
2. El final. Sin tumba para Alice Miller	37
3. Heredar la identidad. La judía	41
Lo que contaba mi madre. El dolor de la infancia, 41 - Lo que yo descubrí: Alicija Englard y su familia hasta 1939, 44 - El yo verdadero y el mundo subjetivo, 54	
4. Negar el trauma. La superviviente	59
Lo que contaba mi madre: «Tenía que suicidarme», 59 - Lo que yo averigüé: Alice Rostovska. Supervivencia en Varsovia, 1939-1945, 63 - Sobrevivir con un yo que no es el tuyo, 75	
5. Forzar el amor. La esposa	81
El odio bajo control. El matrimonio de mis padres, 83 - El amor y el síndrome de Estocolmo, 91	

6. Elegir ser un extraño. La emigrante	93
La nueva vida en Suiza, 1946-1985, 93 - Paraíso Provenza, 1985-2010, 98 - Mensajes virtuales desde el escondite. Internet, 100 - No es posible comenzar de cero, 103	
7. Encontrar la libertad. La estudiosa de la infancia	105
Mi madre, la psicoanalista, 1953-1978, 106 - El camino a la libertad, 118 - La felicidad en la escritura. <i>El drama del niño dotado</i> , 121 - Variaciones de un mismo tema. La guerra de Alice Miller contra los padres, 129	
8. Heredar el dolor. La madre	135
El testigo mudo. Mi infancia y juventud, 1950-1972, 135 - La discípula de Konrad Stettbacher, el niño acosado, 1983-1994, 143 - Carta de mi madre, 28 de mayo de 1998, 152 - El hijo que acosa. El poder del trauma de la guerra, 157 - El final, 2009-2010, 161	
9. Comprobar la teoría. La terapeuta	167
El transcurso del tiempo desde <i>El drama del niño dotado</i> , 168 - El conocimiento de la propia biografía, 172 - Mentalizarse. Fundamentos teóricos del método de Alice Miller, 177 - El testigo con conocimiento. La relación entre la terapeuta y el cliente, 182 - ¿Qué queda de <i>El drama del niño dotado</i> ?, 186	

La última carta de mi madre, 9 de abril de 2010	189
10. Romper el muro de silencio. Un epílogo de Oliver Schubbe	191

Carta de mi madre
22 de noviembre de 1987

Saint-Rémy, 22 de noviembre de 1987

Querido Martin:

He tardado treinta años en darme cuenta de la cantidad de tiempo que viví con un hombre, con el que tuve dos hijos, y que en todos estos años no me escuchó ni una sola vez ni tampoco me aceptó nunca como lo que soy. En el último momento pude evitar destruirme por completo a mí misma, y, por suerte, también a Julika. A ti no pude salvarte. Lo intenté: quería pagarte una terapia, que te habría ayudado a ver las diferentes realidades, esas que yo había preferido no ver durante sesenta años y ante las que ya estaba ciega. Pero tú rechazaste mi sugerencia rotundamente y no quisiste saber nada de ello. Y, en cambio, comenzaste a imitar el comportamiento de tu padre, sí, sin percartarte, pues siempre lo negabas con contundencia cuando te lo decía.

¿Por qué necesité treinta años para abrir los ojos?
¿Por qué necesité sesenta años para ver lo cruel, lo destructiva, lo explotadora, lo llena de mentiras y fal-

ta de afecto que era mi madre, que sistemáticamente destruía el amor y la vida que crecía en mí y después haría lo mismo con mi hermana y mis sobrinos?

Porque durante la infancia reprimimos con tanta intensidad el dolor y porque, para no dañar su imagen, tuve que aprender a no darme cuenta de nada, a no sentir nada, a creermela falsa certeza de que ella me «querría». Y también tuve que aprender muy pronto a ayudar y a querer comprender en aquellos momentos en los que el desprecio habría sido la única reacción adecuada: despreciarla y dejarla por una persona capaz de amar. Pero el destino no me dio esta oportunidad. Para mí no hubo escapatoria y, al final, fui yo la que salvó a mi madre; y cuando, tras la guerra, pensaba que por fin me había liberado, me refugié en una persona que se comportaba conmigo de la misma forma y a la que deseaba salvar y redimir, para que nos dejara vivir a mí y a los niños.

Pero no podemos ayudar al otro si él no cuestiona nada de sí mismo y se obliga a sentirse bien. Tampoco podemos cambiarlo, sólo puede hacerlo él mismo. Y únicamente si así lo desea.

Yo tenía esa voluntad, porque, a pesar de mi ceguera, de alguna forma era capaz de imaginar que no todas las personas eran tan destructivas como mi madre, y que es un acto criminal que alguien cimente su autoridad a costa de sus propios hijos o de otras personas. Lo digo ahora: me lo imaginaba porque siempre quise

St. Rémy, d. 22/11 87

Lieber Martin,

ich habe 30 Jahre gebraucht,
um herauszufinden, dass ich so
lange mit einem Mann lebte
+ 2 Kinder hatte, der mir in diesen
vielen Jahren nicht ein einziges Mal
zugehört + der mich niemals als
das, was ich bin, je wahrgenommen
hat. Im letzten Moment konnte ich
mich vor der endgültigen Selbst-
zerstörung retten + zum Glück
auch Juliette. Dich konnte ich nicht
retten; ich hatte es versucht; ^{ich} wollte
Dir eine Therapie berathen, die mir
geholfen hat, Realitäten zu sehen,
während ich schon 60 J. lang
ausgewichen bin + blind für sie war.
Du hast mein Angebot mit grossen
Gesten ausgeschlagen + wolltest
nichts darüber hören. Stattdessen
beginnst Du immer mehr das Ver-
halten Deines Vaters zu imitieren,
offenbar ohne es zu merken,
denn Du bestreitest das heftigst,
wenn ich Dich damit konfrontiere.

→ 5.2 /

no ser como mi madre. Cualquier similitud con ella, por pequeña que fuese, me desesperaba cuando me daba cuenta de su existencia, y no me tranquilizaba hasta que no la hacía desaparecer aclarando la situación con los demás, algo que mi madre nunca hacía. Pero realmente no sabía la razón por la que no quería identificarme con ella. Tenía miedo de saberlo. Nunca me habría permitido pensar o decir antes: mi madre era un ser cruel, destruyó sin ningún atisbo de remordimiento la vida de sus dos hijos y se tenía por una persona cariñosa y comprometida. Pero yo sabía la verdad, me la imaginaba y durante toda mi vida busqué medios que me ayudaran a dejar de reprimirla.

Los busqué en vano. En la filosofía y en el psicoanálisis. Gracias a la escritura y a la pintura pude esbozar vagamente la realidad de esta verdad, y finalmente conseguí descubrir durante una terapia toda la verdad de mi infancia.

Entre las numerosas personas que me escriben, de vez en cuando me encuentro a individuos que ante todo quieren saber lo que les ocurrió, y a muchos otros que no quieren saberlo de ninguna manera, que se sienten cómodos reprimiendo su verdad, ya sea con herramientas intelectuales, ya sea con actitudes destructivas hacia otras personas, ya destruyéndose a sí mismos a través de una u otra adicción. A menudo las personas utilizan las tres herramientas para defenderse de su verdad.

Cuando estuviste aquí en junio, tenía la esperanza de que encontrases la fuerza y la voluntad de dar vida

a tus sentimientos, de descubrir tu historia, de recuperar el dolor de tu infancia, de reconocerlo y de liberarte al fin de esos patrones de destrucción y autodestrucción antes de fundar tu propia familia y tener hijos. Me parecía que tu corazón podría abrirse en este paisaje y quizá permitieses que el pequeño Martin viviera de nuevo. Pero esa esperanza se esfumó en tu última visita. Parece que no te has dado cuenta de lo que te sucedió. Quizá no lo hayas hecho aún. Y, por tanto, estás en peligro de hacer daño a otros a causa de tu incapacidad de ver, y de que este daño te parezca lógico y normal.

Después de una pausa de unos meses, comienzas de nuevo a mostrarme los mismos patrones que tan bien conozco: descargar contra mí tu rabia acumulada, tanto más intensa y sin censuras cuanto mayor es la simpatía y el cariño con que salgo a tu encuentro. Y cualquier intento de aclarar la situación se topa con un grito tuyo que te protege de escuchar lo que quiero decir.

Tus células aprendieron muy pronto este comportamiento, pero tú todavía no te has percatado de su perversidad. Si fuese así, no estarías tan confuso cuando hablamos de ello: como haces tú ahora con mi cariño, también una vez tu cariño fue repelido con golpes. Que estos golpes vinieran acompañados de promesas de amor y de «preocupación por ti» te confundía todavía más. ¡Porque tú creías en estas promesas! Como todos los niños, te veías forzado a olvidar con el bocadillo el dolor que te habían causado los

golpes. Pero tu cerebro los ha vinculado y almacenado como si fuesen algo único: los golpes y el bocadillo (o el chocolate o un pastelito). Y en tu actitud conmigo puedo ver ambas cosas, como si yo fuera el pequeño Martín y tú el jefe que, dependiendo de su humor, me regala amor o violencia, pero hace como si no se diera cuenta de nada.

Te permites ese comportamiento conmigo porque yo represento el papel del niño, no ejerzo mi poder y no te hago daño, no te inquieto con miedos y estoy dispuesta siempre a hablar contigo. Defiendo mi postura, pero no puedo ni quiero asumir el papel de la víctima. No me dejas torturar ni seducir, ni siquiera por mi hijo, especialmente porque sé que a él no le convendría. Mientras encuentres víctimas, el pequeño Martín seguirá ahí encerrado, incapaz de sentir, y tú piensas que puedes engañar o demostrar algo al otro, algo que a la larga nadie se creerá. Porque es tan fácil sentir el vacío que se crea cuando el niño se estrangula dentro de nosotros mismos. Yo lo he experimentado bastantes veces. Incluso los papeles más «fantásticos» son sólo fachadas y resultan lamentables, casi ridículos.

A veces me tratas con un odio tan patente como si yo hubiese sido quien te acosaba. Pero no era yo. Es cierto que no fui capaz de darte la protección y el refugio que anhelabas, no fui capaz de darte muchas cosas que necesitabas y sufrí mucho por esta incapacidad. Hoy puedo ver que no podía darte suficiente amor, porque yo misma era una niña que no había sido amada. Pero mis propias circunstancias no me

eximían de la responsabilidad que había asumido cuando quise tener un hijo.

Una vez me dijiste que tu padre siempre te pegaba cuando yo no estaba presente. Yo tendría que haberlo imaginado o adivinado y no haberte expuesto de forma tan irresponsable a esta violencia. De haber sido yo misma una niña a la que habían protegido, habría sido capaz de advertir el peligro. Porque había podido ver ya muchas cosas cuando sí estaba presente. Tenía que haberte protegido a ti, al niño, de la violencia de tu padre. No haber tenido el valor suficiente para ver y soportar la verdad no alivia para nada mi *culpa real* contigo. Y, por ese motivo, acepto que me reproches —estás en todo tu derecho, pues es un reproche más que justificado— que permanecí de brazos cruzados mientras te exponía a ese abuso. Acepto todos los reproches justificados que quieras hacerme y constatar conmigo. Nunca me opondría a que hablásemos ni a contestarte.

Pero sí me opongo a ser la válvula de escape para toda la rabia reprimida que su violencia generó en ti. Y me opongo a ser el niño al que tú pegas en la cabeza, sea por la razón que sea. Porque yo no fui la que te acosó.

Para mí ha sido muy triste que todos los intentos de iniciar una conversación contigo para aclarar los hechos se topasen con un muro infranqueable. De alguna manera podía aceptarlo como defensa a mis propios reproches, porque lo cierto es que yo también te los hice. Eso no lo niego.

Pero lo más triste para mí fue darme cuenta de que a veces me atacabas sin más ni más, sin que yo te hubiese dado ningún motivo para hacerlo. No tenía la sensación de que me estuvieses tratando como me trataba tu padre, sino como él te trataba *a ti*. Y, de repente, me sentí por un momento como un niño completamente pisoteado por él. Yo nunca me había sentido así por su culpa, pero sí había visto que era de ese modo como te trataba a ti.

Pero lo que me asustó y me hizo reflexionar profundamente fue percatarme de que tú no pareces consciente (podría decirse: no eres en absoluto consciente) de estos automatismos que has adquirido, y que son, por lo tanto, reversibles, que pareces pensar que tu comportamiento actual es del todo normal y correcto (y, al pensar esto, justificas también el suyo) y no muestras ningún interés en querer modificar nada al respecto. ¿Te has preguntado alguna vez el precio que pagas por reprimir tus sentimientos?

Tener un padre que pega a su hijo desvalido es un destino trágico contra el que no puedes hacer nada. Pero no querer ver en cuanto adulto cómo es él, y negar con esta ceguera cualquier posibilidad de evolución o madurez y convertirse, poco a poco, en este mismo padre para favorecerlo y protegerlo, eso no es parte del destino. No tiene por qué ser así. Más bien es una decisión destructiva y autodestructiva; y tú, como adulto, eres el único responsable de esa decisión.

Quería dejarte esta carta como parte de mi testamento, para ahorrarme tu incomprensión, porque sé cómo reaccionas cuando menciono, aunque sólo sea brevemente, a tu padre. Cierras tus oídos y piensas: «Que discutan entre ellos sin mí». Porque sólo escuchas cosas negativas de ambas partes. Pero, aunque esta comparación y equiparación pueda parecerle correcta a una tercera persona que no nos conozca, para mí suena violenta. Porque hace ya tiempo que no tengo ninguna necesidad de vengarme de ese hombre. Pero sí que tengo una necesidad, que crece a medida que soy capaz de ver, y esa necesidad es cuidar de mis hijos.

Por eso me he decidido a enviarte esta carta *ahora*. Quiero, si es posible, proteger a tus hijos para que no sufran la maldición de tu infancia y de la mía. Pero eso sólo lo evitaremos si tú te despiertas de tu sueño y comienzas a ser consciente de las realidades que existen dentro de ti y a tu alrededor.

Es lo que te desea de todo corazón tu madre.